



¿DE QUÉ ME CULPAS?

Por Ada Albrecht

Ten mucho cuidado con los guardianes de las puertas de tu corazón.

Te digo esto porque a veces cerramos las puertas del recinto del corazón y dejamos como custodios de las mismas a los centinelas del rencor, de la soberbia, y al peor de todos: el del egoísmo. Cuando esto hacemos no puede expandirse la luz que Dios otorgara a nuestro corazón y que se manifiesta bajo la forma de compasión y amor.

Entonces, vacíos de caridad, arrojamos las llaves del alma y, abrazándonos al caprichoso ego, damos la espalda a nuestro hermano.

Él no hizo lo que esperábamos que hiciera, no nos confortó con las palabras elaboradas por nuestra imaginación, no sucumbió a los requisitos de nuestra mente altanera, y así, por obedecer al mendigo harapiento de nuestros orgullo, nos hemos separado espiritualmente de un hermano nuestro, hermano de la gran familia que poseemos, y que se llama Humanidad.

Tú, yo, todos, podemos leer grandes textos de filosofía, y sentados a la mesa del gran glotón, el doctor Intelecto, saborear platillo tras platillo, las exquisiteces preparadas por su gran cheff Curiosidad, que a veces puede alimentarnos correctamente pero otras, intoxicar nuestro espíritu. Hay una atracción entre las personas cultas y los libros. Unos están hechos para los otros. Esa pasión es gestada por la ignorancia. Creemos que los sesudos volúmenes pueden clarificar nuestras dudas, alejarnos de los tenebrosos pantanos del no saber, y llevarnos casi milagrosamente a los jardines de la sabiduría perfecta. Repito: sesudos volúmenes.

Habla contigo, pregúntate: “¿de qué rincón de mi ceguera, creo yo que ellos me otorgarán la luz? Yo veo cuando Me Veo. Si soy incapaz de Verme, por mucho que lea, investigue, analice, no seré capaz de descubrir en mí, el alba bienaventurada de la Divina Sabiduría”.

¿Te acuerdas de los versos de Fray Luis de León? Él nos dice:

“Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido
y busca la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido”.

Sabio es el que Se Ve, y como Ve, se aquietta sobre los mantos sacrosantos de su luz, y descansa. Descansa porque tiene Paz interior, descansa porque nada lo agita, porque a nadie culpa de sus desventuras, porque no critica a hermano alguno. Ha llegado a la cúspide donde mora la compasión infinita, ha dado de baja a los guardianes tenebrosos de las puertas de su corazón, y las ha abierto plenamente para que todas sus atesoradas estrellas puedan salir e iluminar la Casa de la Vida. Es un ser humano feliz, porque ha sabido cómo higienizar los aposentos de su mente, y la ha perfumado con los aromas gloriosos de la compasión. Esa criatura humana ha puesto sus pies en el umbral del castillo de la sabiduría, y luego ha ingresado en él de la mano de la pureza.

Por eso te dije en párrafos anteriores que el que no Se Ve no puede ver. Tómate tu tiempo. Valora el silencio del pensamiento. Atesora como tu mayor joya la quietud de tu mente, y enhebra con paciencia el sagrado rosario hecho con las cuentas de la paz que emerge misteriosamente del silencio y la quietud, tus dos grandes aliados en el sendero espiritual.

Estúdiate, silenciosamente analízate, y verás que cuando a alguien culpas de aquello que te molesta, que te ha herido, es porque te has convertido en un extranjero del país de tu corazón. No hablas la lengua de esa ciudad maravillosa, no está en ti la compasión, sino el rencor, la crítica, el desasosiego inte-

rior. No puedes entenderte, repito, con el lenguaje de tu corazón, y si no aprendes el idioma en el cual él te habla, estarás ausente para la Vida, exilado del Amor, y por más que lo nombres, estarás indiferente también, ante Dios.

Cuando culpas a alguien por algo que te hiere o molesta, deberías recordar que molestia y herida son hijas tuyas, y no del supuesto culpable. Herida y molestia han sido creadas por ti. Has sido tú quien dio a luz a ambas, y ellas, a su vez, te dieron los nietos de la irascibilidad y de la crítica, del desamor, del rencor, de la malicia, y ahora, andarás por la vida como rama tronchada del árbol maravilloso de la fraternidad universal.

La vida te preguntará constantemente, la vida y todas las criaturas que te rodean:

—¿De qué me culpas? ¿De qué nos culpas?

Y dirá tu corazón:

—De nada. No puedo culpar a nadie de nada, porque no sé lo que significa esa palabra. Yo sólo sé de amor y compasión.

Escucha pues, el lenguaje de tu corazón, no el de tu mente, y pletórico de contentamiento te desplazarás por la vida como una mirífica brisa de primavera colmada por los sagrados perfumes de la Felicidad, que sólo habita en el corazón de las almas buenas.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura